

FARIDE ZERÁN CHELECH

Las cartas sobre la mesa
Entrevistas de *Rocinante*



Índice

Prólogo	5
Capítulo I	
Las voces de la transición (política y economía)	11
Carlos Altamirano: "La destrucción del Estado sería un crimen irreparable"	13
Jorge Arrate: "No comparto las derivaciones de la actual renovación"	22
Nieves Ayress: "...Y sin embargo estoy aquí, resucitando"	30
Hortensia Bussi de Allende: "El ex dictador debe encarar los cargos en su contra"	39
Tencha Bussi, la viuda del presidente Allende: "Nunca olvidaré el testamento político de Salvador Allende"	45
Ricardo Ffrench-Davis: "Nos cayó encima la ortodoxia económica"	49
Helmut Frenz: "El olvido es un pecado"	57
Manuel Antonio Garretón: "Aquí nadie ha traicionado a nadie"	66
Arturo Jirón: "El suicidio de Allende fue un gesto político"	76
Presidente Ricardo Lagos: "Es indispensable un recambio generacional"	84
Gladys Marín: "A los militares hay que pararles el carro"	97
Tomás Moulian: "No creo posible el perdón"	113
Capítulo II	
Las voces de la transición (cultura y sociedad)	123
Sofía Correa Sutil: "Un historiador no puede permitir la amnesia"	125
Dorfman go home	135

Diamela Eltit: Cuando la clase obrera se fue del paraíso	139
Enzo Faletto: en torno a la desestructuración	146
Norbert Lechner: "Nos hemos quedado sin historia"	157
Pedro Lemebel y la loca del frente	164
Miguel Littin: "El pueblo palestino podría ser exterminado pero no se rendirá jamás"	171
Nicanor Parra y el último hombre	179
El legado de Andrés Pérez	190
Julio Pinto: la falacia de la excepcionalidad chilena	198
Gonzalo Rojas, Premio Cervantes 2003: "Chile es un país envilecido por el miedo"	205
Antonio Skármeta: "La calumnia es el festín de los imbéciles"	214
Volodia en el reino de la mentira coronada	221
Volodia y los sueños del país oculto	232

Capítulo III

Personajes internacionales

Ahmed Ben Bella: "¡Tengo 88 años y soy el mismo que combatió el colonialismo francés!"	245
Costa Gavras, director de "Missing", "Estado de sitio", "Z" o "La confesión": "me interesan más las víctimas que los verdugos"	253
Carlos Fuentes: "Huntington utiliza argumentos falaces y racistas"	261
Alfredo Guevara, intelectual cubano, y la globalización: "Vivimos la era de la desorientación"	271
Eric Hobsbawm: "Tenemos la fuerza moral e intelectual para los cambios"	282
Peter Kornbluh: "El presidente de los EE.UU. debe pedir disculpas a Chile"	291
Jack Lang, ex ministro de Cultura de Francia: El espíritu contra la americanización del mundo	299
El retorno de los Mattelart	307
Carlos Monsiváis y la talibanización de la derecha	316
Adolfo Pérez Esquivel: "Con sus tropas en Haití, Chile avala el golpe"	324

Plantu: "Soy un lápiz sobre el sofá de un psicoanalista"	332
Elena Poniatowska: cuando la libertad siempre es un escándalo	339
José Saramago: "Estamos atravesando el desierto"	348
Horacio Verbitsky: "El mundo está regido por un gobierno fuera de la ley"	355

Prólogo

La entrevista como género periodístico debe dejar huellas en el lector. Me refiero a aquella que se elabora en torno a un personaje, su visión de mundo, su vida o su obra, y no la que surge del reporteo que a través de la interpelación a una o a varias fuentes obtiene la materia prima que dará vida a la noticia o a otros géneros.

Porque, sin duda, la entrevista en su estructura primaria es el instrumento base desde donde se desarrolla el periodismo. Sin entrevista no hay reporteo. A través de ella se indaga y se confrontan versiones, se construye y deconstruye la base en la que descansa el periodismo: la búsqueda de la información, el despliegue y la corroboración de las fuentes.

Por ello la entrevista va desde la pregunta al dueño del kiosco de diarios que presencié el choque de la esquina, a “la cuña” sacada a un ministro al término de la reunión de gabinete. Es lo que en la jerga periodística se denomina reporteo.

Pero no solo eso, también es la base del periodismo de investigación, la materia prima de los libros de *non fiction*, que con el impulso del nuevo periodismo o periodismo narrativo ha incorporado a entusiastas cultores del género, que desde la biografía al libro de reportajes, aquel que se escribe con el rigor del periodismo pero que se lee con la pasión de la novela, se instala como el nuevo fenómeno editorial de este siglo.

¿Cuántas horas de entrevistas acumuló a lo largo de cinco años de investigación Truman Capote para escribir *A Sangre Fría*? ¿Cuántas requirió García Márquez para dar vida a *Noticias de un Secuestro*, o Tomás Eloy Martínez para *Santa Evita*?

Sin embargo, el objetivo de esta reflexión no se centra en ese tipo de entrevistas cuyo fin no es otro que conseguir información. El objeto de estas páginas es más bien hablar de la entrevista como género en sí misma, donde la mera indagación da paso a la reflexión en torno al entrevistado, su vida o su obra. Es decir, donde el personaje no es el medio sino el fin.

No voy a remontarme a la polémica sobre cuándo y dónde nace la entrevista como género periodístico. Algunos textos referidos al diálogo preguntas-respuestas sitúan su origen en 1859, en EE.UU., atribuyéndoles tal privilegio a Horace Greeley, editor del *New York Tribune*, y a James Gordon Bennet, dueño del *New York Herald*.

Sin embargo, para otros la invención del género estaría en Europa, en la pluma del escritor James Boswell, muerto en 1795, quien habría entrevistado a figuras como Jean Jacques Rousseau, Hume o Voltaire.

De cualquier forma, como señalan autores que han profundizado de manera más sistemática en el tema, los orígenes del diálogo como género de conocimiento se remontan al Egipto de hace cuatro mil años, cuando a instancias del emperador alguien escribió un libro acerca de cómo se debe conversar, llamado *Instrucciones de Phat-Hotep*, o bien a los diálogos de Platón, en los cuales Sócrates inauguraba el camino de la conversación con un otro utilizando la interrogación como posibilidad de acceso al conocimiento.

En un prólogo al libro de la semióloga Leonor Arfuch, *La Entrevista, una Invención Dialógica* (Paidós,1995), Beatriz Sarlo escribe que

la entrevista escrita o audiovisual permite escuchar a alguien que habla. La posición del tercero implicado (quien escucha, por medio del entrevistador, lo que dice el entrevistado) está comprometida en la red que tejen las creencias. Así, la entrevista parece más “verdadera” en la medida en que el entrevistador nos representa frente al entrevistado y nos incorpora a una actividad investigativa.

La propia Arfuch, en otro de sus textos señala que

la revolución tecnológica, las cada vez más sofisticadas instancias de una mediatización satelital, no han acallado las conversaciones públicas, quizás solo las han distanciado, multiplicando escenarios y voces. La entrevista, en el umbral entre lo público y privado, entre el intercambio personal y la audiencia masiva, es uno de los lugares posibles de su manifestación.

Hago este preámbulo para intentar enmarcar una reflexión en torno a mi experiencia como entrevistadora, particularmente en el campo del periodismo cultural, ejercicio iniciado hace décadas en distintos medios tanto escritos como radiales, y que hoy presento como tributo del último en los que tuve arte y parte: la Revista *Rocinante*, medio creado en 1998 junto al cineasta Sergio Trabucco, y a mis amigos de LOM Ediciones, Paulo Slachevsky y Silvia Aguilera, y que por siete años, hasta su cierre, en octubre del 2005, dio cuenta de los principales

debates políticos, sociales, artísticos y culturales de la transición chilena, de América Latina y de Europa.

En tal sentido, mi trabajo como entrevistadora le puso rostro a la reflexión crítica de personajes provenientes de la academia, la cultura o del mundo intelectual, estableciendo diálogos desde el pensamiento a las obras, desde la creación a la memoria, esta última como obsesión recurrente en mi trabajo periodístico, tal vez porque soy parte de la generación de la derrota. Aquella que creyó tocar el cielo con los dedos y bajó hasta los más oscuros derroteros del infierno.

En este quehacer me he enfrentado muchas veces a las preguntas de estudiantes de periodismo en torno a la entrevista como género, a las técnicas que utilizo, a cómo las preparo, a las horas de trabajo frente a la edición, etcétera. Debo confesar que siempre parto de la premisa, y así se lo he señalado por años a mis alumnos de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, que un periodista no deja nunca de estudiar. Que a los años de formación académica y profesional hay que sumarle innumerables horas de trabajo cotidiano que implican desde la lectura de los diarios, en todos sus soportes, a la de libros de ensayo y novelas.

Porque en la complejidad del mundo actual, en los desafíos de esta era de la revolución tecnológica, la abundancia e instantaneidad de la información nos devuelve a la paradoja de la desinformación por exceso, en la que el ciudadano y ciudadana del siglo XXI son incapaces de percibir qué es lo más importante y por qué. Donde elementos como el contexto de la noticia, su jerarquización y marco ético, más el punto de vista del periodista juegan un rol clave en el complejo proceso de la información.

Esto, que es atingente a todos los géneros, en el caso de la entrevista cultural cobra mayor relevancia, por cuanto el entrevistado es interpelado a través de una obra o de una visión de mundo, lo que exige una preparación a prueba de todo, especialmente del prejuicio proveniente de las ciencias sociales y de otras disciplinas que ven en nosotros los periodistas a un conjunto de imbéciles que no saben nada ni se han informado acerca de su interlocutor.

Es cierto que esta caricatura se ve robustecida por la existencia de un periodismo que todo lo banaliza y donde la figura del “notero” o de los exponentes de la farándula criolla contribuyen a la pérdida de credibilidad de quienes nos dedicamos a esta profesión.

De allí que el ejercicio del periodismo cultural, y especialmente de la entrevista, implique un desafío mayor que en cada pregunta debe vencer

el cúmulo de estereotipos con que nos enfrentan gran parte de nuestros entrevistados.

La entrevista debe dejar huellas en el lector y la pienso y la armo como un puzzle donde el personaje, algunos hitos de su biografía y particularmente el conocimiento en torno a su obra y creación pasan a ser sustantivos al momento de elaborar un temario, cuestionario o punteo.

Esta indagación tiene varias aristas, entre otras, y antes de la existencia de Google y otros buscadores, partir hasta la Biblioteca Nacional e instalarme en “Referencias Críticas”, o bucear en los diarios y revistas antiguos, buscando qué se dijo, escribió o se pensó en torno al personaje en cuestión, asumiendo que en el periodismo cultural preguntarle por ejemplo a un escritor acerca del título o del tema de su obra equivale a un acto de lesa estupidez.

En síntesis, no hago una entrevista si no me he preparado bien, y parte de esa preparación está dada por la curiosidad sustentada en un punto de vista que debo confrontar. Casi siempre me he enfrentado a mis interlocutores con una gran curiosidad, y ella es la mejor guía para conducir una conversación que habitualmente dura más de una hora y que no puede decaer.

Sin embargo, cuando digo “enfrento” a mis entrevistados, no lo hago de manera literal. La entrevista cultural no es un campo de batallas ni un confesionario y menos un duelo o un gesto de relaciones públicas.

El objetivo es que el personaje se sienta cómodo para hablar, para reflexionar en voz alta, para aportar ese algo más que siempre buscamos. Para ello destierro la agresividad como instrumento, la evito, lo que no implica ser inquisitiva, a veces hasta despertar, sin quererlo, los demonios dormidos de algunos, pero sin perder de vista que el objetivo final es la publicación de un trabajo que ilumine y atrape al lector.

Asumo la entrevista cultural también como un género literario, sin acudir a la ficción sino relevando la realidad desde distintos ángulos.

Estar con un otro escudriñando en sus pensamientos, observando sus reacciones, atendiendo a sus palabras y también a sus gestos, resulta, al menos para mí, una experiencia apasionante. Sobre todo cuando sentada frente al computador emprendo el largo trabajo de editar, intentando, como mandato ético, nunca sacar de contexto una idea o respuesta.

Plasmar en el papel la recreación de ese diálogo, los encuentros y desencuentros, poner “en limpio” lo que a veces resulta indescifrable, contar

el ambiente, transmitir el pulso del momento resulta un ejercicio tan fascinante como trabajoso.

Con esto no quiero decir que siempre he logrado trabajos impecables. La frustración es un sentimiento inherente al quehacer periodístico, aunque algunos tengamos poca tolerancia para asumirlo.

En estas páginas hay una selección –por razones de espacio– de parte de este trabajo efectuado en la Revista *Rocinante*. Son 40 entrevistas a hombres y mujeres chilenos y extranjeros. En muchas de ellas las interrogantes sobre la memoria, el pasado, la historia, son recurrentes. Como también la lectura de este tiempo carente de relatos, o el diagnóstico de la transición chilena con sus vacíos y frustraciones.

En general, aquí dialogan distintas voces que tienen en común una mirada crítica y nada complaciente sobre la realidad, así como la claridad y solvencia intelectual para expresarla.

Las cartas sobre la mesa es un libro que tiene que ver con esos discursos que circulan por doquier apuntando a la mitad vacía del vaso, a la desnudez del emperador, a la precariedad de nuestras democracias, a la intemperie del pensamiento y a la crisis de la izquierda, entre otros temas.

Destaco aquí una entrevista que no tiene preguntas porque está armada sobre el relato de su protagonista. Una mujer de mi generación, presa política del régimen de Pinochet, que luego de la primera pregunta partió hablando sobre las vejaciones, aberraciones sexuales y el espanto de la tortura. Yo la escuché muda. Cualquier pregunta era banal ante el horror.

En estas páginas está dos veces “Tencha” Bussi, la viuda de Salvador Allende. Su lucidez hasta hoy me encandila, al igual que la figura de Volodia Teitelboim, “el muchacho del siglo XX” que vivió para la política pero murió en brazos de su amante de siempre, la literatura.

Norbert Lechner y Enzo Faletto son parte de la memoria intelectual de nuestro país. Ambos, reacios a los medios, sin embargo estuvieron abiertos al diálogo con *Rocinante*, el triste jamelgo que fue capaz de contener las últimas reflexiones de dos grandes intelectuales públicos que ya no están.

La entrevista al mítico Ahmed Ben Bella, a quien creía muerto, pero que a los 80 y tantos años seguía de parranda, fue un acierto perpetrado en Venezuela. El intelectual brasileño Emir Sader era el encargado de registrar en su súper cámara digital este encuentro de la periodista con su líder de la adolescencia. El problema es que la cámara le fue sustraída al intelectual brasileño cuando

regresaba a su país, y de esa entrevista solo quedan las palabras. ¡Que no es poco!

Eric Hobsbaum fue otro desafío, pero en rigor cada uno de los entrevistados lo es, aunque a lo largo de mi ejercicio periodístico haya enfrentado más de una vez, y para distintos medios, a gente de la talla de Gonzalo Rojas o Nicanor Parra; Lemebel o Eltit; Moulian y Garretón, Skármeta o Dorfman.

Es la gracia del periodismo cultural: no se agota en el personaje, sino en su producción y en las aristas y obsesiones que marcan las diferentes etapas de sus obras.

Agradezco a los jóvenes académicos y periodistas de la Universidad de Chile Claudia Lagos y Cristián Cabalín. Ambos me ayudaron en esta selección de voces con la convicción de que seguirán construyendo debate.

También a mis amigos de LOM, encabezados por Silvia Aguilera y Paulo Slachevsky. Con ellos, al igual que con muchos, tenemos la certeza de que hay que seguir cabalgando en medio de los molinos de viento, y que en estos recorridos no importa el nombre del jamelgo.

FARIDE ZERÁN, enero 2009.